

capitulación para la entrega de las puertas de París a los prusianos y a los ingleses. Estos últimos tomaron posesión de las comprendidas entre el bosque de Boulogne y la Villette, al Norte y al Oeste de la ciudad. Blücher había de entrar por la parte de Grenelle, pero como en aquel día tres regimientos de caballería prusiana estaban ocupados en replegar unos 15.000 hombres de todas armas, que á retaguardia del grueso del ejército se entregaban al pillaje y á la devastación, Blücher no quiso efectuar con sus fuerzas mercedadas la entrada imponente con que se proponía impresionar á la población de París. Como nada viniese á turbar la calma de los representantes, la Cámara discutió extensamente y aprobó uno tras otro 52 de los 104 artículos del proyecto de Constitución que tanto le preocupaba. Y como la *declaración de derechos* y la *declaración de principios*, votados el día antes, venían á ser dos constituciones, resultó que la Cámara, en el espacio de cuarenta y ocho horas, daba tres constituciones á un país cuya forma de gobierno dependía de los aliados extranjeros que acababan de apoderarse de él.

En la mañana del día 7, Blücher pudo reunir unos 48.000 hombres, que después de haber entrado por las barreras de Grenelle y de la Escuela Militar, atravesaron el Campo de Marte y pasaron á la margen derecha del río por el puente de Jena, en columna cerrada, á toque de cornetas. Los soldados de caballería llevaban el sable desenvainado y los artilleros con la mecha de los cañones encendida. La columna siguió por las calzadas de la orilla izquierda del Sena hasta la plaza de Grève, donde la división Steinmeitz se detuvo para ocupar la Casa del Ayuntamiento y los barrios inmediatos; las demás divisiones continuaron su marcha hasta el puente de Austerlitz. La división Jagow, encargada de ocupar á su vez varios distritos de la margen izquierda, pasó el puente, mientras que el resto de la caballería, de la infantería y de la artillería dió media vuelta por la plaza de la Bastilla y bajó por los bulevares centrales hasta los Campos Elíseos, donde la columna hizo alto á las cinco de la tarde, después de haber atravesado dos veces París. Una de las divisiones fué á ocupar en seguida la alcaldía del primer distrito. Algunos gritos de *¡Viva el rey!*, *¡Vivan los aliados!*, habían saludado el paso de las tropas invasoras. El entusiasmo de los realistas era refrenado por el continente hostil de los prusianos, que recibían á culatazos á todo el que se acercaba á felicitarles, y por la actitud amenazadora de las masas estacionadas en los principales puntos del desfile y que presenciaban inmóviles y silenciosas aquel lamentable espectáculo del rebajamiento nacional y del triunfo del extranjero.

A la hora en que 48.000 prusianos paseaban triunfalmente sus cañones y sus banderas por las calles de una capital de 700.000 almas, la Cámara de representantes continuaba discutiendo su tercera Constitución.

El día siguiente á la capitulación, Fouché, pretextando la necesidad de entenderse con el duque de Wellington sobre las consecuencias políticas de aquel acto, fué á avistarse con él en Neuilly. Una negociación, que más adelante explicaremos, había hecho entrar al duque de Otranto en el consejo de Luis XVIII; el rey en persona le había anunciado su nombramiento de ministro de la policía en una audiencia que le concedió en la noche

del día 6. Fouché acumulaba, pues, los cargos de ministro de policía de los Borbones y de jefe del gobierno provisional. Semejante situación no podía prolongarse. Además era preciso desalojar de las Tullerías á sus huéspedes transitorios, á fin de dejar el puesto libre al nuevo amo. Fouché no contaba con ninguna fuerza realista, y tuvo que confiar á los prusianos el encargo de barrer el miserable gobierno de que aún era presidente. Así fué que, al desembocar del puente de Jena, Blücher ordenó á la división Henkel que ocupase las Tullerías, arrojando de allí á la Comisión ejecutiva. El grueso de la división se estableció en los jardines; dos batallones de infantería, un escuadrón de caballería y una batería de artillería ocuparon el patio del palacio. En aquel momento, Fouché se hallaba en sesión con sus cuatro colegas, Carnot, Caulaincourt, Grenier y Quinette; les hablaba de Luis XVIII, burlándose de este príncipe, de su hermano, de sus sobrinos y de sus partidarios, cuando un oficial superior prusiano abrió bruscamente la puerta, anunciando que tenía orden de hacer evacuar el edificio, y puso sobre la mesa de la Comisión un escrito en que Blücher pedía una contribución de guerra de cien millones. En vano objetaron los ministros que todo aquello era contrario á la letra y al espíritu de la capitulación, que garantizaba los bienes públicos y confiaba exclusivamente á la guardia nacional el servicio interior de París. El oficial contestó que nada le importaban sus reclamaciones; que se atenia á las órdenes recibidas y que estaba dispuesto á hacerlas cumplir. «Nos retiraremos, dijo en seguida Fouché, pero antes consignaremos en un mensaje á las Cámaras la violencia de que somos objeto.» Aquel mensaje, redactado en el acto y dirigido al presidente de cada una de las dos Cámaras, estaba concebido en estos términos:

«Señor presidente: Hasta aquí debimos creer que los soberanos aliados no estaban de acuerdo sobre la elección del príncipe que debe reinar en Francia. Nuestros plenipotenciarios, á su vez, nos han asegurado lo mismo.

»Sin embargo, los ministros y los generales de las potencias aliadas declararon ayer, en las conferencias que tuvieron con el presidente de la Comisión, que todos los soberanos se habían comprometido á restablecer á Luis XVIII en el trono, y que éste debe hacer esta tarde ó mañana su entrada en la capital.

»Las tropas extranjeras acaban de ocupar las Tullerías, donde reside el gobierno.

»En este estado de cosas, no nos queda más que hacer votos por la patria, y, puesto que carecemos de libertad para nuestras deliberaciones, creemos que debemos separarnos.

»París, 7 de julio de 1815.

»Firmado: EL DUQUE DE OTRANTO, GRENIER, QUINETTE, CARNOT, CAULAINCOURT.»

¿Tan bajo había descendido Francia, que esperaba un amo de manos del extranjero? Mentira parece que los cuatro honrados compañeros de Fouché pudiesen firmar una declaración tan indigna. En tanto que éstos se retiraban á sus casas, el duque de Otranto fué á tomar posesión del ministerio de Policía, trasladándose luego al hotel de Talleyrand, donde todos los miembros

del nuevo ministerio de Luis XVIII, convidados á comer por el presidente del Consejo, habían de ultimar los preparativos para la entrada del rey, fijada para el día siguiente.

El mensaje de la Comisión ejecutiva llegó á la Cámara de representantes en el momento en que el diputado Manuel, ponente de la comisión de constitución, pronunciaba un extenso discurso sobre el carácter hereditario de la dignidad de par. El presidente leyó aquel documento que anunciaba la vuelta de Luis XVIII para aquella misma tarde ó el día siguiente; la Cámara lo escuchó sin dar la menor muestra de disenso

peñaba desde la víspera el cargo de prefecto de policía, en nombre del gobierno real, encargó á uno de sus agentes que mandase cerrar las puertas del palacio y se apoderase de las llaves, dejando algunos guardias nacionales junto al edificio con la consigna de no permitir que se acercara nadie. Los diputados que á la mañana siguiente acudieron ansiosos de discutir los restantes cincuenta artículos de la tercera Constitución encontraron las puertas cerradas. Algunos protestaron en alta voz; otros se retiraron en silencio. Los testigos de aquella escena tuvieron ocasión de reirse, en medio de tantos acontecimientos que entristecían el ánimo.



El general Lafayette

ni de aprobación, y, terminada la lectura, Manuel continuó su interrumpido discurso.

La Cámara de los pares se había reunido aquel día, como de costumbre, en pequeño número, discretamente, para ver si había alguna proposición que discutir ó algún acuerdo que tomar á petición del gobierno provisional ó de la Cámara de representantes, ó bien para retirarse si ninguno de estos dos poderes tenía necesidad de su concurso. Cambaceres presidía. «¿Hay algo inscrito en la orden del día?, preguntó un diputado. —Nada, contestó el presidente. —Entonces podemos retirarnos. —Creo que no tardaremos en recibir un mensaje, dijo de pronto el conde Boissy-d'Anglas, que llegaba de las Tullerías. —Entonces esperemos,» replicaron los doce ó trece pares de Francia que componían la Asamblea. Momentos después llegó el mensaje. Leyólo Cambaceres, y como ningún par pidiese la palabra, el presidente levantó la sesión. La Cámara de representantes había levantado la suya, después de ridículos alardes de resistencia al enemigo, para volverse á reunir á las ocho de la mañana siguiente, dispuesta á continuar la discusión de los cincuenta artículos de la Constitución que aún faltaba aprobar. El nuevo gobierno no le hizo siquiera el honor de un simulacro de violencia. En la noche del 7 al 8, M. Decazes, que desem-

Uno de los diputados que llamaron inútilmente á la reja de la Cámara fué el general Lafayette, uno de los cinco plenipotenciarios que habían ido á gestionar la paz con los monarcas aliados. Hacía dos días que el general estaba de regreso, después de haber fracasado en su misión. Lafayette y sus cuatro colegas se habían trasladado de Laón á Heidelberg y de este punto á Mannheim, con la esperanza de alcanzar á los soberanos; pero éstos no se detenían en su marcha hacia Francia, activada últimamente por la noticia de la abdicación, y los plenipotenciarios no lograron alcanzarles hasta el 30 de junio en Hagenau. La confianza de Lafayette en el éxito de aquella misión descansaba principalmente en una conversación tenida un año antes en los salones de madama Staël con el emperador Alejandro. Al llegar á Hagenau se apresuró á escribir al czar solicitando una audiencia; su carta quedó sin contestación. Convencido de que la negligencia de algún subalterno había extraviado su instancia, personóse en la residencia imperial. Recibido por el príncipe Serjo Troubetskoï, primer ayudante del emperador, éste le manifestó que Alejandro no podía darle audiencia. Insistió Lafayette, y entonces el príncipe, en formas poco corteses, obligó al plenipotenciario á retirarse. Sin embargo, se convino una conferencia, más bien militar que política, en que

Austria, Rusia, Prusia é Inglaterra estuvieron respectivamente representadas por los generales conde Walmoden, conde Capo d'Istria, Knessbeck y sir Carlos Stewart. Una vez reunidos los generales extranjeros y los plenipotenciarios franceses, Lafayette expuso que la misión de que él y sus colegas estaban encargados tenía por objeto principal la conclusión de un armisticio destinado á dejar á Francia y á los aliados el tiempo necesario para negociar la paz. M. de Laforêt, confirmando esta declaración, añadió «que el mantenimiento de la independencia y de la libertad francesas constituían el único fin de los poderes que habían obligado á Napoleón á abdicar; que estos poderes no prejuocaban ninguna cuestión de gobierno ni de dinastía; que ellos no habían contraído compromiso alguno, y que Francia, cuyo territorio y derechos habían prometido respetar los soberanos, les enviaba á ver qué medios quedaban para poner fin á los males de la guerra.» Después de una larga y viva discusión, dominada con impertinente violencia por el general Stewart, éste manifestó de pronto á sus colegas «que si querían tratar con los franceses lo harían sin Inglaterra, pues él no tenía poderes para ello.» Estas palabras pusieron fin á la conferencia.

Aquella misma noche Lafayette y sus compañeros recibieron una notificación *verbal* en que se les decía que, «según el tratado de alianza, *ninguna* de las potencias contratantes podía tratar de paz ni de armisticio sino de *común acuerdo*; que, por tanto, las cortes de Rusia, Prusia y Austria declaraban no poder entrar por el momento en ninguna negociación, y que los gabinetes se reunirían tan pronto como fuese posible.» Uno de los plenipotenciarios hizo preguntar si la comisión podía quedarse en el cuartel general y seguir á los soberanos. La contestación fué negativa, y á la mañana siguiente, muy temprano, una escolta acompañó á los comisarios franceses hacia Basilea. De vuelta á París, en la noche del 4 de julio, disimularon el papel ridículo que habían representado, abrigando su amor propio bajo una nota que el *Monitor* publicó el día siguiente y en que se desfiguraba completamente la verdad. «Los plenipotenciarios han vuelto, decía, entre otras cosas, la nota en cuestión. Las conferencias *empezadas* en Haguenau quedan aplazadas hasta que el ministro de Inglaterra reciba poderes; *se reanudarán en París*, donde los soberanos aliados y sus ministros *no tardarán en*

llegar. Los soberanos aliados, *fieles á sus declaraciones*, anuncian las *disposiciones más liberales* y la *intención más pronunciada* de no imponer á Francia *ninguna forma* de gobierno, para dejarla en esto *perfectamente libre*.» No cabe mayor menosprecio del sentido común y de la verdad; cada aserción de esta nota era una imposibilidad moral ó una descarada mentira.

Dejamos á Lafayette tratando en vano de hacerse abrir la reja del jardín de la Cámara. Por fin tomó el partido de retirarse. Promotor de la crisis, veía ahora el resultado y podía contemplar su obra: París en manos del extranjero. Aún más: en la tarde de aquel mismo día, el autor de la *declaración de permanencia* pudo asistir en calidad de espectador ocioso al desfile del cortejo de Luis XVIII, que fué á tomar posesión de aquel palacio de las Tullerías, de donde los prusianos habían arrojado el día antes á los miembros del efímero gobierno creado en la noche del 23 de junio.

Por segunda vez los Borbones volvían á Francia en seguimiento del enemigo. Aquella entronización deplorable y sus duras condiciones causaron la desgracia de dicha familia; fué el estigma indeleble marcado en la frente de todos sus príncipes. Mas por lo mismo que Luis XVIII y los suyos marchaban detrás de los prusianos y de los ingleses, no habían podido entregar la Francia á Blücher y á Wellington, ni abrir á estos dos generales el camino y las puertas de la capital. Otras manos habían realizado semejante obra. Sin embargo, quince años más tarde, cuando la rama primogénita de Borbón tuvo que ir por segunda vez á expiar en el extranjero la falta de su origen, ¿qué hombres políticos surgieron al día siguiente? ¿A qué influencias fueron entregados los destinos de la nación francesa, tan crédula como olvidadiza?

La mayor parte de los hombres que intervinieron en los acontecimientos comprendidos entre la vuelta de Napoleón al Elíseo, en 20 de junio, y la segunda capitulación, fueron traidores ó insensatos. Mas para la historia justiciera, los imbéciles y cobardes, lo mismo que los traidores, los que exigieron la abdicación y paralizaron toda resistencia, como los que solicitaron la capitulación y la aplaudieron, son todos igualmente culpables ó cómplices de la segunda invasión, y en todos recae, antes que en los Borbones, la responsabilidad política y moral de sus vergonzosas y lamentables consecuencias.

CAPÍTULO SEGUNDO

Luis XVIII en Arnouville y en Saint-Denis.—Comisión del coronel Macirone, agente de Fouché, para Wellington.—Nota de Talleyrand para el duque de Otranto.—Entrevista de Wellington y Fouché en Neuilly.—Los realistas secundan al general inglés para hacer entrar á Fouché en el ministerio.—Fouché es presentado á Luis XVIII por Talleyrand; su nombramiento de ministro de Policía.—Composición definitiva del ministerio.—Aspecto de París el día 8 de julio.—Entrada del rey.—Cantos y danzas en las Tullerías.—Monumentos en peligro de ser volados por los prusianos.—Saqueo del Museo y otras colecciones públicas.—Cuadro de la ocupación de París por las tropas aliadas.—Miseria de los habitantes.—Resistencia de la población rural de Alsacia, los Vosgos, la Lorena y la Champaña.—Los aliados exigen la disolución del ejército; ordenanza para su reorganización.—El ejército del Loira; manifiesto de Davoust.—Ordenanza de proscripción.—Davoust reemplazado por Macdonald.—Resistencia de las plazas fuertes.—Sublevación de las tropas de Estrasburgo.—Licenciamiento definitivo del ejército.—Primeras negociaciones diplomáticas.—Exigencias de los aliados.—Carta geográfica de Francia trazada por los ministros coligados.—Entrevista de Luis XVIII con Alejandro y el duque de Wellington.—Ultimátum de los aliados.—Convocatoria de la Cámara.—Las elecciones.—Nuevos pares de Francia.—Caída de Fouché.—Caída de Talleyrand.—Formación de un nuevo gabinete bajo la presidencia de Richelieu.—Nuevas negociaciones; nuevas exigencias de los aliados.—Protocolo secreto del 2 de octubre.—Apertura de las Cámaras; discurso de la Corona.—Tratado y convenios del 20 de noviembre.—El duque de Wellington es nombrado comandante en jefe del ejército de ocupación.—Tratado de la Santa Alianza.

Mientras se desarrollaban los acontecimientos que acaban de referirse, Luis XVIII había continuado su viaje hacia París en seguimiento del ejército inglés. Salió de Roye inmediatamente después de haber recibido el despacho en que Wellington le comunicaba desde Estrées su primera conferencia con la comisión de armisticio. Tomó la ruta de Gonesse, donde el duque había establecido su cuartel general, y pasó tres días en el castillo de Arnouville, situado á un cuarto de legua de la población. El 5 de julio, sabedor de que las tropas inglesas habían pasado el Sena, acampando en el bosque de Boulogne, y de que Wellington había transportado su cuartel general al castillo de Neuilly, el rey se trasladó á Saint-Denis, que los soldados franceses habían entregado en la mañana del día anterior en manos de un destacamento de tropas británicas. En Roye y en Arnouville Luis XVIII había empezado á distribuir altos empleos; pero fué en Saint-Denis donde se ultimaron las combinaciones ministeriales, como también una negociación entablada por el duque de Wellington á fin de hacer entrar á Fouché en el nuevo gabinete. Esta negociación tuvo curiosos preliminares. El cuartel general inglés se hallaba todavía en Gonesse cuando el coronel Macirone, agente del duque de Otranto, después de haber sido sucesivamente detenido por la guardia francesa y por las avanzadas inglesas durante un día y dos noches, pudo al fin continuar su camino y entregar, el 4 de julio, á Wellington la nota que le había confiado Fouché. El general acababa de llegar de Saint-Cloud y refería á Talleyrand, á sir Carlos Stuart, al general ruso Pozzo di Borgo y al conde de Goltz, ministro de Prusia, los detalles de la capitulación. Los acontecimientos se habían adelantado dos días á la nota de Fouché, escrita en la noche del 2 y concebida en los siguientes términos: «El ejército resiste porque está intranquilo; que se le den garantías y se someterá. Las Cámaras se hallan en oposición por igual motivo; dad garantías á todo el mundo, y todos estarán de vuestra parte.» Talleyrand dictó á Macirone una nota que decía: «El rey concederá toda la antigua Carta, inclusa la abolición de la confiscación de bienes; la convocatoria inmediata de los colegios electorales para la formación de una nueva

Cámara; la libertad de imprenta; la unidad del ministerio; la iniciativa recíproca de las leyes, por medio de mensaje de parte del rey y mediante proposiciones de parte de las cámaras, y el carácter hereditario de la dignidad de par.» Firmaron esta nota todos los diplomáticos presentes, que aún suponían en los poderes de París una autoridad que habían perdido con la rendición de la capital y la retirada del ejército.

Wellington despidió á Macirone, encargándole dijese á Fouché que el día siguiente, 5 de julio, se encontraría en Neuilly dispuesto á recibirle á cualquier hora. Fouché acudió á la cita por la noche, y encontró al general inglés en compañía de Talleyrand, Pozzo di Borgo, Goltz y Stuart. Wellington preguntó al presidente del gobierno provisional si había tomado en consideración las medidas indicadas en su *memorándum* de la víspera. En vez de contestar, Fouché se extendió en consideraciones sobre las dificultades de la situación. Dijo que los revolucionarios disponían de las masas antirrealistas; que desde el 20 de marzo había necesitado toda su experiencia y la confianza que le dispensaban todos los partidos, para sustraer á los monárquicos, débiles y sin influencia, á las iras provocadas por sus alardes y amenazas; que la capitulación entregaba París á los aliados, pero no al rey, y que el restablecimiento de Luis XVIII en el trono sólo podía efectuarse con el concurso de un hombre cuyo pasado ofreciese suficientes garantías á las pasiones y á los intereses revolucionarios, y que dominara, por su posición á todos los demás partidos políticos. Aquellos elogios de sí mismo y aquel cuadro desfavorable á la causa de la monarquía fueron todo lo que Wellington pudo obtener del duque de Otranto, de quien se separó á las cuatro de la madrugada. La conferencia, sin embargo, no resultó estéril, pues confirmó al general en un proyecto que meditaba desde su entrada en el territorio francés. Dos días antes, encontrándose en Arnouville con el barón de Vitrolles, que había ido á saludar al rey, Wellington le había dicho: «Todo se reduce, para Luis XVIII, á una cuestión de *cosas*: la escarapela tricolor, y á una cuestión de *personas*: Fouché.—Hubiera comprendido la conservación de la escarapela